Será nuestra existencia,
La dulce historia del cariño santo
Que vive de una eterna confidencia.

.....

El ángel se acercó, sus puros labios
Como un sello de fuego en mi mejilla,
Dejaron casto y celestial un beso;
Abriéronse las flores
Y las estrellas alumbrando el huerto,
Poblaron con sus rayos el desierto,
Inmensa soledad de mis dolores.....

Y despues, cada flor que allí crecia
Abriendo al aire el perfumado broche,
Era un mudo testigo que sabia
La historia de ese beso y de esa noche.

LA ULTIMA PRENDA.

LEYENDA.

I.

Diez y ocho años contaba Magdalena,
Y era en el mundo por sencilla y pura,
Como es entre las zarzas la azucena
Un tesoro de gracia y de hermosura;
Ojos azules, pálida la frente,
Rubios como la espiga sus cabellos;
Una expresion angélica, inocente;
Su corazon sin ansia de placeres,
Y ese gran atractivo en la presencia
Que da la juventud á las mujeres.

Magdalena vivia
Al lado de una anciana, que amorosa

La escogió cuando era pequeñuela
Y á quien amaba tierna y cariñosa;
¿Por qué la recogió? nadie revela
Misterio tal en la comedia humana;
Pero sepa el lector, que aquella anciana
Pasaba ante las gentes por su abuela.

La anciana como todas
Las de su sexo, edad y condiciones,
Con su tos y su génio estrafalario,
Para ahuyentar las malas tentaciones
Acompañada siempre de su nieta
Rezaba por las noches el rosario:
Usaba agua bendita
Vertiéndola doquier gota por gota,
Guardaba mil reliquias
Y era, en una palabra, tan devota
Que á todas las funciones religiosas
Llevaba á Magdalena,
Que era envidia fatal de las hermosas
Por su expresion tan cándida y serena.

La puerta de la casa de la anciana
Solamente se abria,
Cuando ella con un cesto en la mañana
Iba á buscar el pan de cada dia.
Entre tanto la jóven
En el aseo doméstico quedaba;
Y al fin de estas labores
Y sin temor alguno
Esperaba rezando que la abuela
Le viniera á servir el desayuno;

Por las tardes, tranquila,
Llena de candidez y de contento
Rezaba la novena, pues entonces
Era solo de Dios su pensamiento.
Pasaron varios meses
Y en aquella mansion de la inocencia,
Nada vino á turbar esas costumbres
Ni á interrumpir tampoco su existencia.

Un dia, cuando la tarde declinaba,
Magdalena llorando
Salió á buscar un padre porque estaba
Su abuela agonizando.
¡Oh! ¡qué amarga aflicion para su pecho!
Cuando despues del acto religioso,
Llena de amor profundo
Oyó que con acento tembloroso
La anciana moribunda le decia:
«Ya te voy á dejar sola en el mundo,
No olvides, hija mia,
Si tanto me has querido,
Que despues de mi muerte
Me debes de cumplir lo que te pido.
Oyeme Magdalena,
Eras de tierna edad, de nueve meses,
Cuando tu madre como tú tan bella
Abandonó este suelo;
Ahora, si quiere Dios, iré con ella
Para vivir unidas en el cielo.
Yo, que tanto la quise,
Al ver que se quedaba abandonada
El sér á quien dió vida,

Hice que tú vinieras á mi lado
Y desde entonces tú eres la querida
De mi alma, no lo dudes;
Y aunque siempre tuviste que sufrirme
Por mi edad, mi constante impertinencia,
Te digo la verdad, siento morirme
Por no seguir velando tu existencia;
Agradezco tu amor y tu respeto
Y como debes de sabes tu orígen
Te voy á revelar este secreto:
Tu padre vive aún, está casado,
Pero nunca lo busques
Ni pretendas jamas ir á su lado;
La Santísima Vírgen me perdone
El darte tal consejo,
Pero hija, la experiencia
Es la ciencia mejor de todo viejó.
Nunca, nunca lo busques
Porque en medio de mágica fortuna
Cuando murió tu madre,
Mandó que te llevaran á *La Cuna.*
La señal que te puso
Para reconocerte cualquier dia
Era una perla atada á la garganta
Y que es, á la verdad de gran valía.
Llévense á la muchacha! así nos dijo,
Yo le ofrecí llevarte,
Y esta es la razon, hija del alma,
Por que pude á mi lado conservarte.
¡Ay! nunca me descubras, hija mia,
—Y la anciana agitada

Con voz que ya por débil se extinguia,
Sacando de debajo de la almohada
Una perla engastada
Sobre una cruz de esmalte primorosa:—
«Aquí está la señal, dijo á la nieta,
Guárdala cuidadosa.»
Esto dijo la anciana
Cuando al romperse los vitales lazos
Dió el último suspiro de agonía,
Y la niña llorando entre sus brazos,
Cubierta de mortal melancolía,
Besándola impaciente,
Humedeció con lágrimas su frente
Y adios, adios, le dijo, madre mia.

Desde esa hora terrible
En que la pobre niña quedó sola,
Aumentó su piedad de tal manera
Que circundó su frente l'aureola
De una confianza en Dios grande y sincera.
No me abandonará, dijo, es muy bueno,
En El no existe ni maldad ni engaño,
El velará mi corazon amante.
Esto decia la huérfana y en esto
Pasó un mes y otro mes y al fin un año.
Llegó una vez en que la mala suerte
Para aumentar su triste desventura,
Obligó á Magdalena
A vivir de sus obras de costura;
Despues ¡triste es decirlo!
Ya ni trabajo la infeliz tenia,
Y miraba con hondo desconsuelo

Que oscuro el porvenir y sordo el cielo,
Una época de horror le aparecia.
En vano temerosa
Llamaba á Dios con apiadado acento,
Llevando fervorosa
A la mansion de luz su pensamiento,
En nada cambiar pudo
Su estado de orfandad, su infausta suerte,
Y ya perdiendo su vigor, su calma,
Bramó una tenpestad sobre su alma
Negra como la noche de la muerte.

Contemplaba llorosa
El interior modesto de su estancia
Murmurando: ¡Jesus! me desconsuela
Vender estos recuerdos de mi abuela
Junto á los cuales se pasó mi infancia.
Pero todo fué inútil;
Los muebles se vendieron y hubo dia
Que l'aurora magnífica y serena
Alumbró en el hogar de Magdalena,
El único jergon en que dormia.

En medio de tan crueles aflicciones
Ella siempre llorando,
Herido el corazon por la fortuna,
Llena de magestad y de decoro
Guardaba ya por único tesoro
La perla con que enviáronla á *La Cuna*.
Yo no debo vender, clamaba triste,
Lo que mi abuela conservó constante,
Y que cual prueba de su amor profundo

Me dejó con mi historia en ese instante
En que dejaba la infeliz el mundo;
Yo no debo vender lo que mi padre
Puso como señal sobre mi cuello;
Y sacando la perla la miraba,
Y apartando del rostro su cabello,
Llevándola á sus lábios la besaba.
No, no te venderé, luego decia,
Tú avivas de mi madre la memoria
Y guardas en tu sér la historia mia.
Magdalena llorando
Y presa de fatal sonambulismo,
Quedóse adormecida y delirando.....
Es la miseria ¡oh suerte!
La puerta que conduce hácia el abismo,
La sombra que nos lleva hasta la muerte.

II.

Era D. Maximiano Rebolleda
Hombre de génio adusto y mal talante,
Con un gran capital que habia logrado,
Bajo el disfraz de apuesto caballero,
Así cual otros ricos lo han formado
Sangrando á los demas: era usurero.

Su conducta fatal y libertina
Ante la sociedad pasaba oculta
Porque era para todos tan atento
Que ensalzaban su fama de bondades,
Con decir que hacia muchas caridades
Y que era el protector de tal convento.

Magdalena que supo en su retiro
Que un sér caritativo y con dinero
Era el faro del pobre, vió primero
A una mujer amiga de su abuela
Para que con el fin de remediarse,
Le llevara á D. Máximo una esquela;
En ella hacia presente
Que era jóven y huérfana así mismo,
Y que siendo él tan bueno, no dudaba
La quitara del borde del abismo.

No sé por qué sospecho, dijo el viejo
Con intencion avara
Cuando miró una carta entre sus manos
Puesta con letra diminuta y clara,
Que esa jóven es bella, no me explico
El extraño poder que me lo dice,
Preciso es que la vea;
Y lo que vino á confirmar su idea
Fué que la vieja que le dió la carta
Le dijo: «¡Pobrecita!
Sálvela usted, señor, si usted la viera,
Qué muchacha tan buena y tan bonita.»
El, escuchando atento
Lo demas que la vieja le contaba,
«Llévele una onza, dijo, y al momento
Cual condicion precisa, diga dónde
Tiene quien me la pide su aposento.»
La mujer, viendo el oro, se lo dijo,
Y D. Máximo luego vió la carta
Teniendo en ella el pensamiento fijo.

Muchos meses pasaron,
Y Magdalena siempre se valia
Del usurero, sin notar incauta
Que su deuda crecia
Y que el viejo buscándola doquiera
Diariamente los pagos exigia!

Una tarde, D. Máximo halló sola,
Y esta era la ocasion que mas buscaba,
A la jóven sin padres ni ventura,
Y, «Ha llegado la vez, dijo el avaro,
De aprovechar su edad y su hermosura.»
Acercóse atrevido é insultante,
Ya no puedo esperar, diciendo altivo,
Quiero que se me pague en este instante.
Al oirlo, temblando Magdalena
Y fijando en el rostro del avaro
Su mirada serena,
Le respondió: «Señor, que mi conducta
Pueda borrar vuestra sospecha vana,
Solo guardo una prenda de valía,
Mas concededme un plazo, dadme un dia,
Y si la deuda en él no se subsana,
Aunque se lleve la existencia mia
Os la habré de entregar la otra mañana.

El avaro sonrió como el que triunfa
En la empresa que tanto ha imaginado,
«No me puede pagar,» dijo, «¡imposible!»
Y siglos pareciéndole las horas
Esperó que pasaran dos auroras
Para saciar su aspiracion horrible.

La segunda mañana
Apareció radiante de hermosura,
El sol vivificante
Cobijaba en su manto á la natura,
Cuando una jóven de mortal semblante,
Llena de sufrimiento y de amargura,
Sintiendo el alma muerta,
Llegó á tocar la puerta del avaro,
Y el viejo sin tardar abrió la puerta.
«Pasad, niña, le dijo, aquí ninguno
Podrá mortificar vuestro decoro,
Espero que cumpliendo la promesa
Me venís á entregar vuestro tesoro,
No me engaño ¿verdad? vais á ser mia.»
«¿De vos? ¡jamas! la muerte mejor quiero,
Mi honra no he de perderla,
Os prometí una joya que venero,
Tomadla, y la infelíz soltó la perla
Que cayó ante los piés del usurero.

Don Máximo mirando aquella joya,
Sintió perder su bienestar, su calma,
Y una historia de horrores
Flotó sobre la nube de su alma,
Contempló en Magdalena
Llena de candidez y de hermosura,
El fruto de un amor todo miseria,
Triste recuerdo de su vida impura.
Sobre la perla de la cruz, veia
Que su pasado criminal brillaba
Con la luz de un recuerdo

Que infundiéndole horror lo atormentaba,
Y sin poder callar lo que pasaba
En su interior, cual tempessad horrible,
«¡Ay! esta joya la conozco, dijo
Con acento angustiado
Mostrando su semblante
Lívido, sin color, desesperado.
¿Es tuya? preguntóle á Magdalena,
Esta que la veia
Mil recuerdos trayendo á su memoria,
Le respondió: «Señor, ella es mi historia;
Don Máximo agregó: ¡tambien la mia!
En seguida postrándose de hinojos,
Perdon, perdon, la dijo enternecido,
He descuidado, torpe! tu existencia
Miéntras que tú sufriendo en el olvido
Velabas por la luz de tu inocencia.
Perdon porque atrevido
Iba á arrojarte sobre el cieno inmundo;
Yo soy el que olvidando mis deberes
Te abandoné cuando veniste al mundo.
Perdóname y no esperes del pasado
Tu triste condicion, ni que te exija
Lo que con torpe fin te fué entregado;
¡Imploro tu perdon!... ¡eres mi hija!...
¡He sido un criminal! ¡ven á mi lado!

III.

Han pasado diez años; hoy se mira,
Triste verdad de la existencia humana,
De una campiña en la extension amena,
Dos tumbas, allí duermen
Don Máximo y la anciana,
Y allí reza en las tardes Magdalena.

1872.

A LUZ.

(Fábula.)

A la luz de una aurora sonrosada
Que recogia el aroma en los jazmines,
En un capullo oculto en la enramada,
Nació una mariposa delicada,
Con ánsia de volar por los jardines.

Ajena aún de inútiles querellas,
Llena de amor é inquieto desvarío,
Agitó con placer sus alas bellas,
Y moviendo una flor, sintió que en ellas
Se posaba una gota de rocío.

—¿Qué hay en mi sér? se dijo conmovida,
Sin mirar á una flor que vertia llanto;
Ignoro aún los goces de la vida,
Y ya siento en el alma estremecida
Una nueva pasion, un nuevo encanto.

Me dió el cielo mis alas de colores,
Para siempre vagar de rosa en rosa;
Voy á volar ajena de dolores
Para buscar tranquila entre las flores
Alguna que adorar por mas hermosa.—

Esto dice; y siguiendo la pradera
Se posa en cada flor, torpe é inquieta;
Ninguna le parece lisongera,
Hasta que al fin detiénese ligera
Sobre una flor humilde: la violeta.

¡Ay! ¡qué bello es vivir! dice admirada
De los tiernos encantos que natura
Le prodiga á esa flor embalsamada;
Estando en tu corola perfumada,
Siempre la vida me dará dulzura.

Mas al ver luego que á lo lejos brilla
Ante la luz del sol, rica y fragante,
Una camelia, hermosa á maravilla,
Voló á besarla con pasion sencilla,
Y á la otra flor abandonó inconstante.

Casi al llegar repite en ánsia loca
¡Cuánto placer me brindará esta flor!
Nueva pasion á su belleza evoca;
Mas necia la halla al fin cuando la toca
Llena de brillo y sin ningun olor.

¿Por qué tu esencia con palcer no exhalas?
Pregunta con ternura misteriosa:
Nadie le contestó, y entre sus galas

Doblando mustia sus doradas alas,
Llanto vertió sobre la flor hermosa.

Al mirarla llorar tales congojas
Otra mariposilla tierna asoma,
Y le dice ¿por qué necia te arrojas
A buscar la hermosura de las hojas
Si ellas son nada si les falta aroma?

Es la mujer la flor cándida y pura
Y el hombre mariposa en su mansion,
Que ha aprendido esta máxima segura:
Nada vale en el rostro la hermosura
Si no guarda virtud el corazon.

1870.